910
E.

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DK 32
G61

DEDICATORIA

AL DOCTOR GEO D. COEN

¿Se acuerda V., querido amigo, de aquella tarde en que severamente me aconsejaba V. que renunciase á mis frívolas fantasías habituales para consagrarme á estudios sociales? Estábamos sentados en una terraza del bulevar. Era la primavera. Y mientras V. me decía cosas serias, yo veía extasiado á las parisienses ligeras que pasaban rítmicamente. « Jamás — iban murmurando los frufrús de la calle — jamás ningún problema te interesará más que nosotras ».

Hubo un día, sin embargo, en que lo hondo, lo triste, lo fastidioso, lo sucio, lo pobre, me sedujo. Fué mi largo día de Rusia. Allá bajo la nieve, olvidé lo frívolo y me consagré á lo serio. Leí documentos que antes me hubieran hecho reir, y lloré; copié columnas de cifras, de odiosas cifras; traduje legajos judiciales. Y cuando hube terminado me dije : « Este es el estudio que mi buen amigo Coen me aconsejó siempre hacer ».

Helo aquí, amigo. Es un libro pesado. Es un archivo de crueldades. Es el memorial de una época de sangre y de dolor. Su alma de V. piadosa y recta, sentirá en la lectura lo que la mía, frívola pero buena, ha sentido en la escritura.

Le quiere, su

GÓMEZ CARRILLO.

PRÓLOGO

Nos devolvió los pasaportes é inspeccionó rápidamente nuestras maletas un aduanero jorobado. Y salimos al fin de la estación de Virballen por el torniquete de los andenes rusos.

Tres cuartos de hora habíamos pasado en ella tiritando de inquietud y de frío. Desde París se llega casi de un tirón á la frontera, y entre las blandas comodidades del *Nord Express*, nadie advierte el terrible cambio de temperatura; pero ésta da el primer aviso y administra la primera bofetada al que se apea en Virballen á las 11 y media de la noche.

Ocupamos nuestro departamento, y caímos más bien que nos tendimos en la cama. Rendidos como si hubiéramos acabado un largo viaje á pie ó escapado de un peligro horroroso, á las pocos minutos Carrillo y yo dormíamos con profundísimo sueño. El movimiento, á través de la sabana de nieve, era imperceptible; el silencio, absoluto. Bien lo agradecían, después de los saltos y ruidos del tránsito por Alemania, los nervios apaciguados y los músculos en reposo.

A largos intervalos, una campana, al parecer muy distante, exhalaba en las estaciones dos ó tres apagados quejidos.

— Ni que fuera el viático, murmuró una vez Carrillo desde lo alto de su camarote.

— Sea lo que sea, durmamos.

Y dormimos, sintiendo la voluptuosidad del que se hunde en aguas plácidas y hondas, indiferente á la idea de si podrá ó no podrá volver á la superficie.

Eran las diez de la mañana cuando despegamos los ojos. La planicie de un blanco sucio, se dilataba monótona y chata, sin más relieve que el de los bosques semi-enterrados, ni más gibas que las de los depósitos de leña. El sol era una oblea amarilla, con menos de triste que de cómico.

Al detenernos medio minuto en ignorado villorrio, una muchacha de diez ó doce años, toda cubierta de pieles burdas, con el cartapacio debajo del brazo y que sin duda tornaba de la escuela, nos dió la primera sensación de vida. El coche-restaurant nos proporcionó la segunda. Una linda inglesita, cuya sutil y transparente blusa dejaba entrever la desnudez de sus brazos, afrontaba los rigores de un clima boreal con graciosa displicencia. Una robusta alemana devoraba trozos de jamón, untados de mostaza y sumidos entre rebanadas de pan de centeno. Y en una mesilla de ángulo, dos recién casados, que habían tomado el express en Kœnisberg, se hacían carocas, no de otra suerte que si estuviesen solos en el mundo.

El espectáculo, y más que nada el sombrero de copia del novio, disipó por completo las aprensiones ya muy atenuadas de Carrillo, y le restituyó la alegría, sana, juvenil y burlona con que en todos sitios se granjea amistades. Desde aquel instante hasta que regresamos á Europa, la trágica Rusia fué para él como una de las terrazas del boulevard parisino.

En la mesilla del vagón, escribió después del almuerzo, é interrumpiéndose á cada momento para contemplar un trineo ó una bandada de grajos, dos de las notas más exquisitas contenidas en este tomo: *La nieve*, y *San Petersburgo*.

Ya en la siniestra capital, todavía ensangrentada por las matanzas del *domingo rojo*, recobró su gozoso humor, de fuerza radiante y comunicativa, y no halló entre tantas negruras, cosa que lo alterase ó que lo ensombreciese.

Al formidable Trepof, que es, — si aun no le han asesinado — el hombre más cortés y más simpático del Imperio, le conquistó desde la primera visita.

— ¿ Pero no creéis que al fin os matarán ? le preguntó con amable desvergüenza.

Pensé que el dictador iba á echarnos de su gabinete, cuando no á remitirnos á la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Trepof se sonrió, ofreció al curioso impertinente uno de los cigarrillos turcos que no se le caen de los labios, y contestó con afabilidad de perfecto *gentleman*: « Me han tirado tres veces, y no me han dado. Ya no me darán nunca. » Al principio nos conturbaba la obsesión de la policía, cuyos agentes, disfrazados de caballeros, por donde quiera nos salían al paso. Esbirro, el portero de chanclos; esbirro, el canciller del consulado español; esbirro, el que se nos aproximaba en el *Ermitage* para explicarnos galantemente el mérito de los Rembraudt; esbirro, el *mujik* que en nuestro departamento del hotel acepillaba las pellizas y encendía la estufa; esbirro de alto copete el escritor recién vuelto de Siberia, y para quien nos había dado en París cartas de recomendación algún ingenuo revolucionario.

Muy pronto, lo que empezó por abrumadora pesadilla se convirtió en gustoso divertimiento.

Fuimos una mañana á la feria de los Piojos.

Carrillo compró un lindo icono, y una primorosa lamparita de plata.

De regreso al hotel, quitó del marco la estampa de no se que santo, colocó en su lugar la fotografía de una espléndida mujer desnuda, clavó el icono, así modificado, en la pared, y encendió la candela para que no faltase nada en el altarico.

Entró á tal punto el *muiik*, quien al ver tamaña profanación hizo la señal de la cruz, y se retiró escandalizado.

— Esta vez, dije á Carrillo, sí que nos expulsan.

¡Qué habían de expulsarnos! Trepof, prendado del sempiterno burlón, todas las mañanas le retenía una hora ó más, en su gabinete.

Concluimos por familiarizarnos con la atmósfera impregnada en sangre de Petersburgo, y por recorrer, cual si nos hallásemos en París, todos sus antros y rincones.

Entretanto, iba él tejiendo, medio en veras y medio en burlas los prodigiosos encajes de este libro.

Filigranas de oro, pero también de acero, eran las páginas ligeras, sagradas y aladas que en cualquier parte, en el hotel, en el museo, en el teatro, destilaba su inseparable lápiz-pluma. El observador se ocultaba deliberadamente bajo la capa del artista; mas no por eso dejaba de llenar con vino rancio ó con intenso jugo su cincelada copa.

Cinematógrafo de vividas impresiones, en que está cogida al vuelo toda la vida rusa, es el tomo que van á saborear los lectores inteligentes. Ello no

impide que sea además compendio de profundas observaciones y de atinados juicios.

Parece que solo roza, y traba magistralmente lo que se refiere á la propiedad colectiva, á la revolución social y literaria, á las supersticiones teológicas y á las depravadas costumbres.

En su estilo, como en su alma, andan maridados el sentimiento y el presentimiento.

La parte de religión y de liturgia se incubó á no dudarlo en una visita que hicimos á la catedral de San Isaac, atraídos por el anuncio de una boda.

Negra por fuera es la basílica, toda de mármoles y pórfidos obscuros. Negro el bronce de las puertas, más gigantescas que monumentales. Dentro, mucha riqueza, muchos dorados, muchos colorines. Arte, ni dentro ni fuera.

Medianas pinturas de la Virgen, de la Cena, de San Miguel, de los Evangelistas, cubren los altares, que se salen de la pared á manera de alacenas de fines del siglo XVIII. Efigies de talla ó de relieve, ninguna. Sólo al abrirse las alacenas para la celebración del culto, aparece, clavado con cuatro clavos en la Cruz griega, un macilento Cristo.

Abundan las lámparas y los relicarios, pero no bizantinos, sino fuertemente barrocos. En todos los ángulos, el candelero-icono, especie de tubo que por su forma recuerda adoraciones fálicas, campea enhiesto y dominador entre una selva de delgados cirios.

Son éstos como los que ponen los niños en los Nacimientos; como los que, para subir las escaleras, entregan los serenos de Madrid á sus parroquianos. En el icono-violetero está pintada la cabeza de un santo, y flores naturales ó artificiales coloca-

das no en la boca, sino en torno del pie, completan el altarico.

El canto litúrgico es amplio, grave, armonioso. Los cantores lo estropean gruñendo y mosconeando con falsas voces de bajo que suenan á agorería. Por capillas y naves vagan los sacerdotes, metidos en largas túnicas negras. Usan barbas partidas á lo nazareno, y greñas que, á modo de embarradas serpientes, se les enroscan en las espaldas. Pasan familiares y silenciosos, entre el público arrodillado, mirando á todos con beatitud en que se trasluce el imperio. Los más pulcros, los más acicalados, transcienden á suciedad bendita.

Pertenecían á la clase media los jóvenes que iban á casarse. La novia, de blanco, á un extremo de la capilla; al opuesto, el novio. En medio de los dos, un atril con el libro de los Evangelios.

Descorridas las puertas del armario, apareció la cruz, y el archimandrita se adelantó en busca de los contrayentes. Púsoles á cada uno una corona de metal, los hizo beber en una misma escudilla, y llevándolos cogidos de las manos, rodeó el atril tres veces, sacó los dedos por entre los cónyuges para bendecir al concurso.

Treinta mil se santiguaron mientras duró el acto, los protagonistas, los invitados y los curiosos. Todos muy á prisa y rematando con una profunda genuflexión la santiguada. De la frente al estómago, del estómago al hombro derecho — que ésta es una de las graves particularidades en que los griegos se distinguen de los católicos — y del hombro derecho al izquierdo, volaban los puños más ligeros que aspas de molino.

Así hace la gente, no sólo en el interior de las

iglesias, sino también en sus atrios. Hombres y mujeres, al cruzar por la calle, se destocan, afrontando la nieve, y en más de una ocasión se tienden boca abajo y con la lengua marcan en el suelo tres cruces.

Tengo por las creencias ajenas respeto no fingido. La persona de fe sincera, sea cual sea su culto, me parece sagrada. Pero en verdad digo que este formalismo de los beatos ortodoxos me asquea y me apesadumbra.

He visto en las mezquitas árabes las zalemas, los aspavientos y los temblores de los fieles, sin que el espectáculo me convidase á desdeñosas ironías.

En las sinagogas me ha sobrecogido la estridencia del cuerno en la Pascua de expiación, y me ha maravillado la singular costumbre de taparse los sombreros de copa con toallas, sin que por ello me inspirasen los ritualistas sentimientos de mofa.

Unos y otros, al dirigirse á su Dios, conservaban la dignidad de hombres, y si se postraban como convencidos no se humillaban como perros.

Lo contrario sucede con estos ortodoxos, cuya manera de orar ahuyenta el respeto y solicita la duda.

Por cierto que salimos de la catedral, sin acabar de ver la ceremonia.

Las risas mal disimuladas de Carrillo, la priesa con que se hacía cruces, y la maña con que procuraba acercarse á la novia suscitaron la indignación del gendarme-pertiguero, el cual menos indulgente que Trepof, nos echó de la Santa-Casa.

No menos bien observado, aparece en la obra lo relativo al arte, á los espectáculos y á la venalidad de los funcionarios públicos.

Al lado del Palacio de Invierno se abre el *Ermitage*, isla de paz á que los extranjeros acuden con gran curiosidad.

En el centro del salón principal, una gran estatua sedente de Voltaire guiña el ojo á los visitantes, como si les hiciese los honores de Rusia. Los bustos de Diderot y d'Alembert forman cortejo á la estatua.

Más irónica que en ninguna parte parece allí la mueca desdentada del inmortal descreído, é impregnada de mayor amargura parece la sonrisa de los dos padres de la Enciclopedia. A través de los huecos é intercolumnios del Ermitage pudieron aquellas marmóreas pupilas contemplar á distancia de algunos metros las inícuas matanzas del *domingo rojo*.

Al principio, este singular y chillón contraste nos causaba profunda extrañeza. ¿A cuento de qué se hallaban en San Petersburgo los implacables demoledores de religiones y monarquías?

Cesó pronto nuestro asombro, al advertir que en Rusia andaban lo trágico y lo grotesco íntimamente mezclados.

Los que matan y torturan y depredan al estilo del siglo v, viven, disfrutan y se divierten al estilo del siglo vxiii. Todavía el arte coreográfico merece en el imperio de los zares las altas consideraciones que en el resto de Europa ha perdido. Feudataria de *ballet* es la Opera, y subvencionados por la corte están los tres teatros en que bailarinas y bailarines encantan á la aristocracia con sus anacrónicas piruetas. Con dos ó tres semanas de anticipación hay que encargar para el teatro María la modesta localidad, cuyo precio no baja de doce ó quinces rublos. Y es de ver cómo en la espléndida sala, Jengis-Khan y

Luis XV se pavonean unidos en amable consorcio. Hasta en las dentaduras de las artistas de último orden centellean los diamantes.

Los maestros de danza gozan del mismo predicamento que en los tiempos de Cassanova. Y ningún cambio hallaría si ahora repitiese su visita el célebre aventurero que se reía en la sotabarba de Catalina II al leer en el zócalo de una estatua de Sócrates, el nombre lésbico de la equívoca Safo.

Para que todo subsista, subsiste también la costumbre de trocar en azotes, prisiones y destierros, los homenajes semidivinos que á la gente de teatro se otorgan,

El 22 de Enero, una simpática actriz alemana mandó parar su troika, é increpó duramente á un oficial que ordenaba hacer fuego sobre las mujeres y los niños. El oficial la envió ejecutivamente á la cárcel.

Miguel de Kriwoschlyk se llama uno de los funcionarios más importantes de San Petersburgo. Lleva el título de director general de los servicios de la Prensa, y por su mano fiscalizadora pasa todo lo que se refiere á periódicos y libros.

Dos veces le visitamos y oimos sus originales confidencias. Es un hombre de cuarenta y un años, grueso, de alegres ojos y de saludable encarnadura, cuya manía consiste en atribuirse las aventuras de Gorky. — Yo — exclama á cada momento — yo — sí que he sido de verdad pastor, zapatero, ebanista, pintor de iconos, sacristán, cantor de parroquia, cajista y vagabundo. Los demás alardean de penalidades y romancerías apócrifas. Un enviado de Dios me ha sacado del cieno y me ha elevado á la cumbre. Por su patrocinio ocupo esta situación excep-

cional, y gracias á él me he casado con la hija del millonario Tckerepemkof, honorable tratante en joyas y ultramarinos.,.

Lleno de iconos, ante los cuales ardían innumerables cirios, estaba el despacho del director general de los servicios de la Prensa.

Y frontero al retrato del zar campeaba uno suyo de cuerpo entero, en que el buen Miguel Gregorewitch de Kriwoschlyk aparecía abrazado con el varón de Dios, á quien, según dice, ha debido su fortuna.

¿Quién era el varón de Dios que le ha amparado y por cuyos consejos se guiaba entonces el árbitro y fiscal de la mentalidad del imperio?

Un pope desastrado, ebrio casi siempre, no se sabe si de fanatismo ó de boscha, que aseguraba estar en comunicación directa con Jesucristo, con los apóstoles y con una docena de santos. El célebre Juan de Cronstadt, que á menudo congregaba en los despoblados millares de mujiks, á quienes absolvía de una sola santiguada después de hacerles confesar á coro sus culpas.

El jefe de la Prensa y director del *Diaro Oficial* de la Prefectura, se gozaba en obsequiar con copias del indicado retrato á todos los que le visitan.

Supongo que ahora se guardará de hacerlo, pues el *pope* milagroso con quien se telegrafiaban el emperador y las emperatrices, acusado y convicto de toda suerte de prevaricaciones, ha dado con sus fueros en la *cárcel*.

Con estas farsas y aberraciones espirituales, corren parejas los descarados é inmensos fraudes administrativos. En las altísimas jerarquías empieza, y en las últimas concluye el robo metódicamente organizado.

¿Quién no se acuerda de los diez vagones ricamente cargados y las 36,000 famosas mantas que en los primeros meses de la guerra sufrieron inexplicable eclipse?

¿Pues qué decir de la iglesia expiatoria de Alejandro II?

Se ha erigido en el mismo sitio donde el padre del gran duque Sergio fué destrozado por una bomba. Cuarenta años van transcurridos, y sin dorar prosiguen las cinco cúpulas. Con la enorme suma asignada á tal efecto, desaparecieron los que habían de adquirir el oro. Y no se volvió á arbitrar más dinero, en previsión de que se repitiese el caso.

He ahí la Rusia en putrefacción que por minutos se disgrega. He ahí el *lupus* asiático de que necesita raerse y curarse Europa. ¿Cuándo se desprenderá por sí misma la podre, ó cuándo se efectuará violentamente la operación quirúrgica?

No se atreve Carrillo á vaticinarlo, pero burla burlando señala las premisas y encomienda á sus lectores la deducción de las consecuencias. Él no es, no quiere ser más que un risueño desflorador de jardines.

Se contenta con apuntar la dificultad esencial que retarda las tranformaciones exigidas por el espíritu del tiempo y que granjea á la autrocracia rusa una supervivencia transitoria.

No obstante, leed con cuidado lo que esboza el artista. Cierto. En las clases educadas excede la cultura á las de los primeros pueblos de Europa, y entre los campesinos, la ignorancia y la superstición exceden á las de los últimos pueblos de Asia.

Eso ¿es por ventura una garantía?

Seguid leyendo, é inferiréis sin que el autor ponga

nada, que la inmensa solución de continuidad que separa á unas clases de otras, lejos de formar un baluarte seguro, crea ese vacío, esa diferencia de temperaturas y densidades, ese desequilibrio á la par atmosférico y geológico, bajo cuya acción espontánea se hinchan las trombas del mar, se desatan los ciclones del aire, y se descuajan las entrañas de la tierra.

¿Habrá llegado la hora, cuando salga de las prensas este libro?

Sea como fuese, él os enseñará con sus leves aromas y con sus sutiles intimidades, más que todos los cálculos é inducciones de los tratadistas lúgubres.

Carrillo es el curioso insaciable, el mago que abre puertas y fuentes con un ligero golpe de su varilla; el hombre del Renacimiento que siendo muy hombre parece haber sido mujer; el escritor ambidextro, seductor, misterioso, grácil, proteico é inquietante como el San Juan de Leonardo de Vinci.

Ayer en Rusia, luego en el Japón, mañana en cualquier extremo del mundo está siempre propicio á tender los labios á la serpiente Lango; á aquella simbólica serpiente de la isla de Cos, que entregaba á quien se atrevía á besarla todos sus tesoros y todos sus... secretos.

Dejaos acompañar por él y os sentiréis tan encantados, tan sanos, tan jóvenes como me sentí yo durante nuestra *pequeña campaña de Rusia*.

ALFREDO VICENTI.

Madrid, Octubre de 1905.

EL ZAR QUE TIEMBLA

Un ilustre periodista parisiense acaba de visitar el palacio de Zarkoe Selo, en donde Nicolás II, prisionero de su pueblo, lleva la más triste, la más lamentable existencia. La impresión es lúgubre. Oid:

« Una gran verja de hierro cuyos barrotes terminan formando puntas de lanza; un soldado que se pasea fusil al hombro y bayoneta calada... Después otra verja, otro soldado, otro fusil y otra bayoneta calada... Luego un parque rodeado de alto y espeso muro que vigila un cordón de soldados. ¿Quién es el prisionero tan cuidadosamente guardado? El cautivo augusto que encierran esas verjas y esos muros es el emperador... Así lo confiesan con resignación sus carceleros. No intenta fugarse — dicen, — y ya hace mucho tiempo que no le vemos, mas que desde muy lejos. Cuando sale al galope de sus caballos para pasearse por las avenidas del parque y olvidar su dorada prisión, todo el mundo lo vigila, su familia, sus servidores, su policía. Es un preso, empero, que no intenta romper su cadena. »

Esto es lo único que el reporter ha visto. Porque, á pesar de ser representante de un periódico mi-